Fundadores: MANUEL ALLENDE y JOSE MARIA DE BOET. EL FIGARO, diario de información gráfica, ha instalado sus talleres de modo que pueda el público presenciar la impresión y tirada de sus ediciones.—EL FIGARO, diario de la mañana, publica en sus ediciones la más completa información del día.—Apartado de Correos 800. Teléfono núm. 15.00 M.

Director-Gerente: CARLOS IBAÑEZ DE IBERO.—EL FIGARO, S. A., recibe anuncios y suscripciones en sus oficinas, Carrera de San Jerónimo, núm. 40.—El precio de abono en España es 7 pesetas trimestre, 13 semestre y 24 año; en Madrid, 2,50 pesetas mes; Extranjero, 25 pesetas semestre y 50 pesetas año, y Portugal, 20 pesetas semestre y 40 pesetas año. Pídanse tarifas de anuncios. La correspondencia administrativa debe ser dirigida AL GERENTE.

EL CONGRESO DE ESTUDIANTES DE ESTRASBURGO

EL PATRIOTISMO Y EL DEBER ESCOLAR

Entre las muchas cosas de gran sustancia que se han dicho durante las fiestas de Estrasburgo, quiero señalar dos, que a primera vista podrán parecer extrañas la una a la otra, pero que yo veo muy íntimamente enlazadas y dirigidas a un mismo fin: la orientación futura de los estudiantes. No añado *franceses* porque, como se verá, ambos tiros apuntan mucho más alto, o, para decirlo en otros términos, hay, en las dos ideas a que me refiero, una transcendencia general humana que a nuestra juventud española puede suministrar dos grandes lecciones.

Fué una la sincera confesión, hecha por M. Poincaré, del pacifismo heroico que durante muchos años habían tenido por norma los políticos franceses, vencedores, en el drama doloroso de su espíritu, de las impaciencias del desquite, en aras de la tremenda responsabilidad de la guerra. Quizá los patriotas exaltados—y entre ellos aquellos mismos estudiantes franceses de Estrasburgo, que, no obstante el recelo y la vigilancia de los alemanes, mantenían en su Círculo el culto de la vieja patria—criticaron más de una vez la prudencia de quienes, tanto como ellos, añoraban la separación, pero no querían ser responsables del choque. Los hechos han dado razón a los que estimaban más fuerte el peso de las responsabilidades que el de los anhelos del desquite y de la recuperación de lo perdido; porque una de las grandes fuerzas morales de Francia ante el mundo en la pasada guerra ha sido—nadie lo ignora—su irresponsabilidad en el desencadenamiento de la guerra.

El presidente no lo dijo: no era la ocasión de decirlo; pero el espíritu alerta de los muchachos que le escuchaban debió recoger la lección que allí había para no trocar la victoria de hoy, en el seno de las escuelas y Universidades, en un cultivo de la patriotería infatuada y agresiva que ya en 1903 (lo he recordado varias veces en mis escritos) condenaba un profesor austriaco, Luis Hartmann.

Monsieur Poincaré subrayó la intención de sus palabras al añadir, dirigiéndose a los estudiantes, en la sesión de la tarde del 22: «Prometed a vuestros huéspedes, a toda esa juventud, que saludo juntamente con vosotros; prometeos a vosotros mismos que Francia continuará siendo en el porvenir la patria de la libertad, de la justicia y de la fraternidad.» Y si esas tres grandes condiciones de vida social no se extienden a todos los hombres, sin distinción de razas, ¿qué otra cosa pueden ser sino un egoísmo de pueblo que se estima privilegiado y único con derecho a gozar de las grandes conquistas de la civilización?

La otra cosa a que me refería antes fué una sentencia dicha de pasada, si no recuerdo mal, por el estudiante M. Guirin en la misma citada sesión del 22. Leía Guirin una Memoria sobre la función social de los escolares, y, apuntando las cualidades que éstos deben cultivar principalmente, dijo: «En cuanto a los holgazanes los que rehusan trabajar, a esos no los queremos. No son de los nuestros.»

Esta evocación en un Congreso de estudiantes, de la obra propiamente universitaria, me impresionó fuertemente. Estamos, por desgracia, habituados a que cuando se reúne un Cuerpo profesional dedique todo su tiempo a tratar de derechos y reivindicaciones, de quejas y agravios, pero no de deberes. Los estudiantes franceses también tienen su tabla de reivindicaciones, su programa de derechos, que el mismo autor de la Memoria expuso, y que momentos antes había expresado un compañero suyo concretamente, de modo feliz, lleno de ironía y de buen sentido, al ocuparse de la soñada Casa de estudiantes, aquí en Estrasburgo, por muchas razones, más necesaria y debida que en parte alguna.

Ese programa de derechos es en sí mismo merecedor de una detenida consideración, por el sentido social que lo informa y por su carácter más bien altruísta que egoísta, aun dentro de los intereses de clase. Pero todavía sube de valor, e inclina hacia él todas las simpatías, el verlo aliado con ese llamamiento al primero de los deberos profesionales y nacionales que el estudiante tiene: trabajar como tal estudiante.

Es significativo que eso se diga en un país como Francia, dada su tradición escolar. Mayor ha de ser su significación y enseñanza para aquellos pueblos donde continúan siendo posibles, y hasta frecuentes, las algaradas escolares por adelantar las vacaciones.

Esta nación, que tanto ha sufrido durante la guerra, y en que la juventud universitaria ha pagado tanto tributo de sangre a la defensa nacional, debe afirmarse en su confianza del porvenir al escuchar de labios de un estudiante, y en un Congreso como el de Estraburgo, aquella valiente afirmación del supremo deber patriótico que pesa sobre quienes quieren y pueden seguir una profesión intelectual.

Rafael ALTAMIRA

Estrasburgo y noviembre.

ESPAÑA Y LA ARGENTINA

Ayer se ha firmado un Tratado sobre accidentes del trabajo

BUENOS AIRES 29.—En la Cancillería aba de firmarse entre el embajador espál y el canciller el Tratado hispanoargenti, en virtud del cual se establece que los idadanos de los países contratantes que ran víctimas de accidentes del trabajo den- del territorio, o en otro Estado, así como herederos, tendrán derecho a indemnizanes y demás excepciones de la ley.

Dispone que los nacionales, a pesar de cualier disposición de la ley social, tengan dechо que la indemnización subsista si el rero o empleado damnificado, o los heredes, hubiesen abandonado el territorio o el tado donde ocurriera el accidente.

Los herederos tendrán derecho a recibir la demnización en cualquier país en que resin.

La Caja Nacional de Jubilaciones y Pensios, u otra oficina, desempeñará las funciones e les están encomendadas en la Argentina, lativas al pago de accidentes del trabajo y a oficina análoga funcionará en España.

Las altas partes contratantes deberán avir a los cónsules cada caso e informar a los rederos.

Se procederá inmediatamente a aprobar y mbiar la ratificación para que el Tratado tre en vigor a los treinta días, a partir de fecha de la firma.—Agencia Americana.

DE ALEMANIA

OS GENERALES DE LA DERROTA

La gran derrota del 15 de diciem- 1916 ante Verdun...» Ludendorff ha unciado estas palabras en la sala. de aquel momento caen por su base s los razonamientos de los dos caudi- de él y de Hindenburg, para culpar derrota a la lenidad de las autoridaciviles. El nombre trágico de Verdun stremecido a los asistentes. Es la cla- e la catástrofe.

os prestigios del militarismo, que quesalvarse ante el pueblo, se hunden esas palabras. Nadie cree en que los negra levita que ahora lleva, no se ha borrado de los ojos de sus jueces la imagen del caudillo en uniforme. El duro gesto del general, ese fuerte contraer de la boca, impone de nuevo respeto a los hombres de la revolución.

Ludendorff no disfruta de la misma acogida. Las gentes piensan: Hindenburg hizo bien su oficio; merece respeto. Pero Ludendorff dominó la política; perturbó, con sus intemperancias y funestos errores, la obra prudente de las autoridades civiles. El es el culpable. Hindenburg está se-

Los generales Hindenburg y Ludendorff y el ex ministro de Hacienda Sr. Helfferich.

dos caudillos fueron vencidos por haber sido apuñalados a traición por su mismo pueblo. Verdun es ahora la causa.

Este fué el momento dramático de la declaración. Aparte del hecho mismo de la comparecencia de los dos caudillos derrotados ante la Comisión investigadora de las responsabilidades de la guerra. Ambos visten de paisano. Es una mañana fría de noviembre. A través de la niebla se divisa el enorme andamiaje alrededor del Hindenburg de madera. Se oyen los golpes que derriban al coloso. Hindenburg y Ludendorff penetran en el Reichstag a declarar. El cuello, bien abrigado con recio tapabocas. El sombrero civil y el abrigo ciudadano, quita a estos hombres todo aspecto marcial.

Hindenburg entra en el salón. Todos los asistentes se ponen en pie. A pesar de la reno. Ludendorff, agitado, nervioso. No puede sujetar la cólera. Unas enormes gafas de concha le bailan montadas sobre las narices. Lleva un voluminoso manuscrito. Su gesto es el puñetazo sobre la mesa. Su voz, la de mando.

El blanco de sus ataques es Bethmann-Hollweg, el cual, con cara de enojo, escucha al general. La derrota ha enemistado a los hombres que juntos tuvieron en la mano los destinos del país y la dirección de la guerra; que supieron en un tiempo secretos terribles, que el pueblo, confiado en la victoria, ignoraba.

Ya Hindenburg había achacado a la lenidad civil la derrota. El general, que se vió forzado a solicitar en 28 de diciembre el armisticio, afirma que hubiera vencido si, por culpa del Gobierno, no se hubiera quebrantado en el pueblo la voluntad de